

Embocadura de río en la costa Norte de Cuba (dibujado del natural por R. Cronau)

PROSIGUE COLÓN SU VIAJE HACIA CUBA Y LA ESPAÑOLA

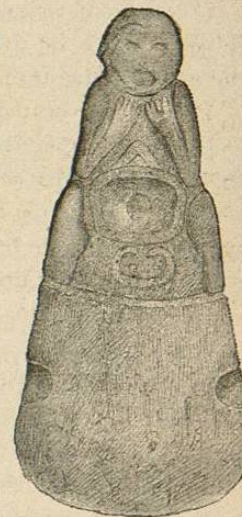
Tan exacto como ha sido Colón al describir sus travesías, del mismo modo se ha esmerado en serlo al tratar de los países por él descubiertos y de sus habitantes. Por este motivo sobresale Colón entre la multitud de descubridores de su tiempo, para los cuales no ofrecía el menor interés ni la hermosura de los paisajes, ni los hábitos y costumbres de pueblos desconocidos, sino que sólo les preocupaba la idea de poder traer grandes cantidades de oro, plata, perlas y especias. Si no poseyésemos las descripciones del Almirante, apenas tendríamos noticias de los primitivos habitantes de las islas Lucayas ó Bahamas, pues los productos que han llegado á nosotros de aquellos indígenas son tan sumamente escasos que ni remotamente bastan á darnos idea de sus constructores. Las antigüedades indias del tiempo primitivo de las Bahamas corresponden en realidad á las mayores curiosidades de nuestros Museos Etnográficos.

Las mismas Islas, según vemos, entusiasmaban al Almirante por la magnificencia de sus panoramas, tanto que repite diferentes veces que aquello era lo más hermoso que había visto en su vida. Con entusiastas palabras describe la asombrosa fertilidad de su suelo, el magnífico verdor de sus árboles y la rica variedad de sus flores y frutos, *de cuyo aroma está tan impregnado el aire que mi corazón se llena de asombro y admiración.*

Las bandadas de papagayos oscurecen el sol y el canto de los pájaros deleita el oído, así como la magnificencia de su plumaje los ojos. En ninguna parte de Europa puede verse cosa parecida.

Sólo una cosa no encontraron en cantidad suficiente: ¡Oro!

Colón halló este metal sólo en pequeñas cantidades, empleado en adornos de los indígenas de las Bahamas; y como sabía muy bien que en España no medirían el valor de sus descubrimientos sino por la suma de riquezas que trajese consigo, y que en la corte española esperaban ver convertidos en realidad los soñados montes de oro, corría ansioso de una isla á otra en busca del codiciado metal. El oro era precisamente la maldición que no le permitía sentir placer por sus descubrimientos y que le impulsaba á correr de un punto á otro. *Sólo cuando llegue á un sitio donde halle mucho oro y especias me detendré para poder llevar gran cantidad. Este es el único motivo que me obliga á viajar sin descanso,* dice en su anotación del día 19 de octubre. A menudo se ha reprochado á Colón haber descuidado más altos fines por este afán de buscar oro, pues su objeto era única y exclusivamente reunir mucho de este metal. Pero á nuestro modo de ver, Colón, que estaba bien poseído de los altos honores que le habían otorgado, nos hace el efecto de un deudor impulsado por el sentimiento opresor de corresponder á lo extraordinario de sus peticiones con hechos tan grandes como éstas.



Idolo de piedra, de Puerto Rico. (Dibujado por Rodolfo Cronau según el original existente en el Museo Nacional de Washington.)

Al preguntarles por oro habían contestado los habitantes de Guanahani y de las otras islas pronunciando el nombre de Saometo y señalando hacia el Sur; pero tampoco allí pudieron saciar su sed los españoles, y entonces les dijeron que tenían que dirigirse á una isla muy grande situada al Sudoeste y llamada *Colba* ó *Cuba*, donde hallarían oro en abundancia. Por lo tanto, se dirigió la escuadra hacia aquel país encantado, llegando á él, según hemos dicho en el capítulo anterior, el 28 de octubre.

Las opiniones acerca del paraje en que desembarcó Colón por primera vez están muy divididas. Irving dice que fué en un punto situado al Oeste de Nuevitás del Príncipe; Navarrete y Becher se han decidido por Puerto Nipe; Varnhagen por el puerto de Gibara, y Fox por Puerto Padre. Según el rumbo seguido por Colón desde las islas de Arena, el cual

rumbo fué siempre en dirección Sudsudoeste, nos inclinamos á esta última opinión.

La escuadra entró en la embocadura de un río cuyas cristalinas aguas estaban sombreadas por magníficos árboles. Como dicha embocadura era bastante ancha para poder bordear con los barcos, anclaron allí.

Colón fué el primero que pisó el suelo de la maravillosa isla, á la cual dió el nombre de Juana en honor del príncipe español Juan, mientras que al río lo denominó de San Salvador.

De nuevo se entusiasmó Colón extraordinariamente ante la hermosura de la isla y la magnificencia de su vegetación. El perfume de las flores y de los árboles parecía de lo más exquisito, y el aire suave y embalsamado sostenía una temperatura primaveral. Toda la noche estuvieron oyendo el canto de los pájaros y de los grillos.

Cuba parecióle un edén, «el país más hermoso que puedan haber contemplado nunca los ojos de un mortal. Eternamente se desearía vivir en él.»

Y verdaderamente que esta isla, perfectamente iluminada por los rayos del sol, con su magnífica costa lamida por las olas del mar, sus bosques de elevadas palmeras, sus argentados ríos, sus fértiles llanuras y encantadoras montañas, merece con razón el calificativo de *La Perla de las Antillas*, que lleva aún al presente.

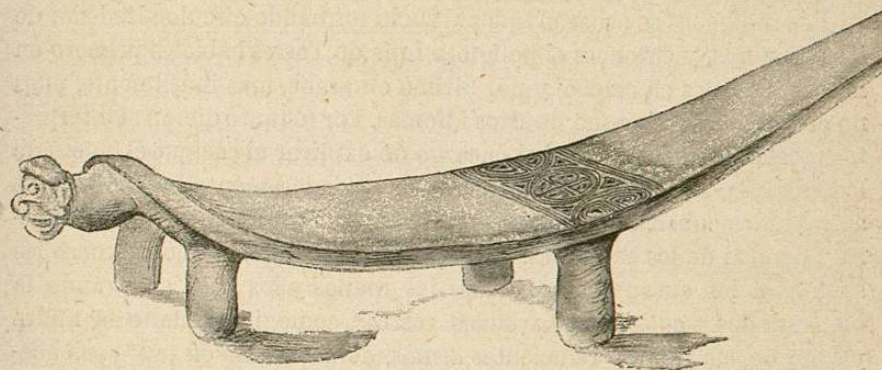
A la llegada de los españoles huyeron los indígenas refugiándose en los espesos bosques; pero Colón, con ayuda del intérprete que llevaba de Guanahani, consiguió establecer relaciones amistosas. Estos indígenas vivían en casas mucho mejor edificadas, en las cuales hallaron también hamacas hechas con fibras de palmera y algodón. Tanto los anzuelos como los demás utensilios de pesca estaban esmeradamente trabajados, y veíanse también muchas figuras de piedra con rostro de mujer, así como gran número de máscaras de madera, cuyo uso no fué posible averiguar. Sin género de duda estas figuras y máscaras, encontradas también más tarde en Puerto Rico, eran objeto de un tosco culto religioso.

Por los indios de Guanahani que se hallaban á bordo supo Colón que Cuba poseía minas de oro y bancos de perlas, que esta isla estaba atravesada por diez grandes ríos, y que ocupaba una circunferencia tan grande que se necesitaban más de veinte días para rodearla. A pesar de este testimonio, dado con gran firmeza, Colón, después de haber celebrado una conferencia con el capitán de *La Pinta*, opinó que Cuba no debía de ser isla, sino un continente que se extendía hacia el Norte. Estaba por completo convencido de haber dejado atrás la buscada isla de Cipangu y llegado al reino del Gran Jan, en el continente asiático. Este error no es sorprendente, si se tiene en cuenta, no sólo que en aquel tiempo se apre-

ciaba la circunferencia de la Tierra menor de lo que era en realidad, sino que Colón había salvado ya la distancia que, según Toscanelli, mediaba entre Europa y la India.

Por los relatos de los indígenas creyó comprender el almirante, que con pocos días de viaje al interior del país se llegaba á la residencia del Gran Jan, y por lo tanto decidió enviar á este poderoso soberano los regalos que le habían dado los reyes de España para él, reservándose las cartas que á dichos regalos acompañaban, para entregárselas él mismo más tarde personalmente.

Fortalecido en sus creencias por algunas deducciones erróneas, envió el día 2 de noviembre á dos de sus hombres, uno de ellos Rodrigo de Je-



Silla de madera en forma de cuadrúpedo (Islas de Turk)

Dibujada por R. Cronau, de los originales que se conservan en el Museo Nacional de Washington

rez, y el otro un judío muy versado en idiomas llamado Luís de Torres, con dos guías indios, á visitar al Gran Jan; estos embajadores, no sólo tenían el encargo de comunicar al dicho soberano que el Almirante había ido allí para llevarle cartas de los reyes de España y hacer un tratado de paz, sino también el de observar el país y sus productos.

A fin de que los enviados pudieran proveerse de víveres en caso de necesidad, dióles Colón algunos paquetes de cuentas de vidrio.

Esperando el resultado de esta embajada prosiguió el genovés el reconocimiento de los más cercanos alrededores, averiguando por algunos ancianos indígenas que hacia el Sudeste había un país en el cual hombres y mujeres llevaban pesados adornos de oro rodeados al cuello, brazos y piernas. Que allí había también grandes barcas y profusión de los artículos codiciados por los españoles. Creyó comprender también que habitaban en él hombres que poseían un solo ojo y hocico de perro, que eran antropófagos y cortaban la cabeza á los forasteros, bebiéndose después la sangre.

Mientras que Colón recorría la costa, penetraban sus enviados en el interior de la isla. Después de haber andado doce leguas llegaron á un pueblo de cincuenta grandes casas, y que contaría unos mil habitantes.

Esta era la residencia del supuesto Gran Jan, que se había metamorfoseado en un simple cacique de un pueblo.

Los españoles, amargamente desilusionados, fueron recibidos por él con gran solemnidad y conducidos á la mayor de las viviendas. En ella se les invitó á sentarse, á cuyo objeto acercáronles unas sillas que al parecer sólo se utilizaban en las grandes solemnidades. Eran de una sola pieza de madera, y tenían la forma de un animal cuadrúpedo con las patas muy cortas y la cola ó rabo levantado hacia arriba. Las cabezas de estos animales ostentaban ojos y orejas de oro (1).

Los indígenas se echaron todos al suelo formando círculo alrededor de los forasteros, y entonces el políglota Luís de Torres hablóles primero en hebreo, después en caldeo, y por último en árabe, mas inútilmente, pues no comprendían ninguno de estos idiomas. Por lo tanto dieron al intérprete procedente de Guanahani el encargo de explicar al cacique el objeto de la embajada; obedeció éste, y con énfasis verdaderamente indio hizo á los asombrados cubanos una fogosa descripción del gran poder y de la riqueza y bondad de los españoles. Cuando terminó su arenga acercáronse los agentes á los europeos besándoles las manos y los pies, admirando la blancura de su cutis y los barbudos rostros, como igualmente la finura y color de sus trajes y relucientes armas, demostrando en todos sus ademanes que creían lo que les había referido el intérprete, de que los hombres blancos habían descendido del cielo.

No encontraron oro ni otro objeto de valor en todo el pueblo, por lo cual decidieron volver á los barcos. Acompañados de gran número de indígenas, observaron por primera vez durante el camino el goce del tabaco. Los indios llevaban en la mano pedacitos de madera que ardían lentamente, para encender con ellos cierta hierba seca envuelta en una hoja de maíz. Una vez encendido uno de los extremos de esta hoja, se metían el otro en la boca, absorbían el humo y volvían á echarlo, después de un rato de haberle retenido, en espesas nubes por boca y nariz.

Este procedimiento admiró al principio grandemente á los españo-

(1) En el Museo Nacional de Wáshington se conservan tres de estas sillas. Una de ellas, hecha de piedra de asperón, muestra en el extremo anterior, primorosamente ejecutadas, la cabeza y patas delanteras de una tortuga. Los ojos están profundamente vaciados, como si estuvieran destinados á guardar piedras preciosas. Las otras dos sillas están talladas en una madera oscura y sumamente dura, y tienen también ojos y orejas como la primera, que habrán servido para contener piedras ú oro. Las tres han sido halladas en las cavernas de las islas de Turk y Caicos.

les, pero con el tiempo hallaron tal placer con el uso de estos *tabaccos*, como los llamaban los indios, que importaron á España la costumbre india de fumar tabaco (1).

Si bien los informes que trajeron los dos españoles referentes al Gran Jan eran muy deficientes, eran portadores de la noticia de haber hallado en su viaje gran cantidad de algodón crudo, limpio, y otro ya hilado. En una sola casa hallaron más de 500 arrobas, de lo cual dedujo Colón que podrían importarse con facilidad á España 40.000 quintales anualmente.

Colón por su parte había hecho otro descubrimiento, cuyo valor no fué conocido hasta algunos siglos después, y que era de gran importancia para la humanidad: descubrió la *patata*. «Estos países, dice en su diario el 2 de noviembre, son muy fértiles y están llenos de *mamas*, que parecen zanahorias, y cuyo gusto es parecido al de las castañas. Las plantan con gran cuidado.»

(1) El modo aquí descrito no era el único que empleaban los indígenas para el uso del tabaco. También quemaban el tabaco sobre carbones, aspirando el humo por medio de un tubo que tenía en la parte superior forma de Y, metiéndose los dos ramales por los agujeros de la nariz. Desde tiempo inmemorial se conocía el uso de las pipas, según lo han demostrado hallazgos prehistóricos de éstas en California y en los territorios de los Mound Builders, las cuales estaban hechas, como ya hemos descrito, de tierra y barro, artísticamente labradas y formadas.

Ya á principios del siglo XVI se vió hacer uso del tabaco á los marineros que habían vuelto de América á España, los cuales fumaban por el estilo de los indígenas del Nuevo Mundo, es decir, metiendo tabaco seco y picado en tubos hechos con hojas de palmera. Desde España se extendió este uso por toda Europa, primero á Inglaterra y desde allí á Alemania. En Sajonia se vió fumar por primera vez el año 1620, cuando la atravesaron tropas inglesas que iban en socorro del rey Federico de Bohemia.

Una descripción más detallada del modo de fumar nos da en 1627 Juan de Rusdorff, el cual lo había visto en Holanda; dice así: «No puedo por menos que vituperar con algunas palabras esa nueva y asombrosa moda introducida desde América á nuestra Europa, y que podría llamarse *borrachera de la niebla*, y que sobrepuja á todas las demás tanto antiguas como modernas. Hombres salvajes acostumbran á absorber ó aspirar el humo de una planta, á la que dan el nombre de Nicotiana ó Tabaco, con increíble ansia y afán nunca saciado, lo cual hacen del modo siguiente: Tienen unos tubitos huecos de barro blanco, los cuales son puntiagudos por el extremo destinado á meterlo en la boca; en el otro extremo hay un abultamiento del tamaño de una nuez, en el cual meten las hojas secas de la planta Nicotiana picadas ó desmenuzadas, y las encienden con un carbón ó cualquier otro combustible, soplando además para que arda; después se meten el tubito entre los labios, y sorbiendo y escupiendo á intervalos, introducen el humo entre los dientes y los carrillos, y cuando éstos últimos están llenos que parece que van á estallar, lo devuelven otra vez por la boca y nariz, esparciendo al mismo tiempo una peste espantosa que lo llena todo de mal olor.»

El clero, la justicia y algunos escritores satíricos probaron al principio de combatir en todas partes el uso del tabaco; y si bien en Alemania no usaron tanto rigor como en Turquía, en donde á los primeros fumadores les metieron las pipas por las narices, ó como en Rusia, en la cual en el año 1634 les cortaban las narices á éstos, impusieron,

Las Casas dice que las *mamas* eran en todo semejantes á las patatas, y según descripción del Almirante, idénticas á las *sweet potatoe*, de las Indias Occidentales, que se habían propagado también por toda la América central. Igualmente hallaron el árbol de la goma y el de la almáciga, ó sea el lentisco, así como otros de gran provecho que, según palabras de Colón, era imposible describir, pero cuya plantación sería de gran utilidad para España. Comprendía perfectamente que el principal éxito de su viaje consistía en establecer relaciones comerciales entre España y los países por él descubiertos, y expresa su convencimiento de que el algodón, la almáciga y la goma eran buenos artículos para los países del Gran Jan y otros soberanos, y que debían llevarse á las residencias de éstos, acompañados de otros importados de España para cambiar por los productos del Occidente.

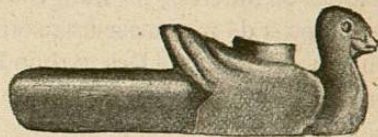
Mas ni el algodón ni la goma y almáciga eran los artículos codiciados por el momento; querían oro, y Colón decidióse, por lo tanto, á seguir las indicaciones de los indígenas, que señalaban al Este, en cuya dirección estaba la isla de Bateque, que contenía el precioso metal en tal cantidad que se encontraba á veces bajo una ligera capa de tierra.

sin embargo, grandes castigos á los que hacían uso del tabaco. Por ejemplo, el año 1651 el magistrado de Budissin publicó el siguiente decreto, que constaba de un solo, pero tremendo párrafo: «Contra el pernicioso uso del tabaco, que no sólo es perjudicial á la salud del hombre, sino que también los que se sientan entre los borrachos de tabaco se ponen de mal humor por el desagradable humo, fuertes estornudos y escupitinajos, sin contar otros flatos, con perdón sea dicho, que los llenan de asco, y además impregnan sus vestidos de mal olor, ensuciando las habitaciones y quitando el brillo á las sillas y los bancos, y que proporciona daños y peligros de toda especie.» Además imponía una multa de veinticinco pesetas á todo el que fumase ó aspirase tabaco, y lo mismo á los posaderos que proporcionasen lumbre para encenderlo.

Pero si bien el uso del tabaco tenía grandes enemigos, contaba también con defensores que le ensalzaban como medio curativo para toda clase de enfermedades. Por ejemplo, en un antiguo libro de herboristería se lee lo siguiente: «El tabaco ahuyenta bonitamente la gota, y tan pronto como una de esas nieblas del humo del tabaco se deja sentir en las torcidas cavernas del cerebro, se extiende su poder con toda la fuerza de su facultad curativa hasta los más extremos dientes; calma la fiebre, despierta el apetito, hace disminuir el cansancio, quita la embriaguez, y llama el sueño, quita la somnolencia y aguza el entendimiento.»

Como las opiniones acerca de la acción curativa del tabaco se iban afirmando, se propagó el uso de éste más y más de día en día á pesar de la guerra de que era objeto, de modo que, ya en 1666, dice el conocido y satírico Grimmelshausen lo siguiente: «No hay casa alguna de labrador en Alemania donde no se encuentre alguna pipa. Unos se lo sorben, otros se lo comen y otros se lo meten por la nariz; así es que me extraña que no se haya encontrado á nadie que se lo meta también por las orejas. He visto comerle, sorberle y estornudarle desde el príncipe hasta el mendigo, desde el obispo al sacristán sin excepción.»

Prescindiendo de sus cruzadas travesías á lo largo de la costa septentrional de Cuba, ordenó el Almirante el día 13 de noviembre virar en redondo y navegar en dirección Estesudeste á lo largo de la costa sin investigarla más minuciosamente. Pasó cerca de un gran promontorio, al cual dió el nombre de *Cabo de Cuba*; pero, obligado por vientos contrarios, tuvo que refugiarse en un profundo puerto, al cual denominó *Puerto del Príncipe*. Los siguientes días los emplearon en reconocer un archipiélago de islas pequeñas, pero hermosísimas, que son conocidas por el nombre de *El jardín del Rey*; el 19 del mismo mes volvieron á hacerse á la mar para proseguir su camino en busca de la isla de Babeque.



Pipa de barro (Islas de Turk)

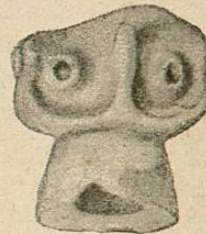
Durante dos días afanóse inútilmente en alcanzar una isla que se veía en dirección Este, probablemente la actual Inagua, y aquí fué donde Martín Alonso Pinzón, que mandaba *La Pinta*, «se alejó sigilosamente con ésta» y, no haciendo caso de las señales que le hacía el Almirante, siguió hacia la isla de Babeque para llegar antes que éste y explotarla el primero por cuenta propia.

Este proceder hirió vivamente á Colón, que, obligado por vientos contrarios, tuvo que volver á la isla de Cuba, anclando con los otros dos barcos que le habían quedado en la embocadura de un río al que bautizó con el nombre de *Santa Catalina*. A otro puerto le dió el de *Puerto Santo*. Estaba tan entusiasmado con la hermosura de estos parajes, que dice que su lengua y su pluma son impotentes para describir ni aproximadamente aquella maravillosa magnificencia.

Lo que más le admiraba era la frondosidad y variedad de aquella vegetación tan prodigiosa. Decía que sólo las enormes canoas de los indígenas, en las que cabían 150 personas, podían dar idea de aquellos árboles gigantes, puesto que estaban hechas de un solo tronco de éstos.

Las canoas no sólo despertaban el interés de los españoles por su gran tamaño, sino por lo esmerado del trabajo y belleza de los adornos que ostentaban, y que tenían ocasión de admirar con frecuencia.

La afición de los isleños á estos artísticos adornos se veía también en las viviendas; por ejemplo, en una casa que tenía dos puertas, en la cual entró Colón, estaban adornados los muros interiores tan primorosamen-



Fragmento de un cubo de pipa de barro hallado en las islas de Turk. En la actualidad se halla en la Biblioteca de Nassau (Nueva Providencia, Bahamas).

te con conchas y otros objetos, que creía uno hallarse dentro de un templo.

En estas viviendas hicieron algunos descubrimientos; en una hallaron un gran bollo de cera, que guardó Colón para llevárselo al rey. En otras hallaron cuidadosamente envueltos, en cestos de mimbre, cabezas humanas, probablemente de personas notables, á las cuales rendían culto, aun después de muertas, los indígenas.

Después de reconocer una serie de excelentes puertos y ríos, llegó Colón hasta el extremo Oriental de la isla de Cuba, el actual cabo Maysi, al cual dió el nombre de *Alpha* y *Omega* tomándole por el cabo más extremo de Asia.

Desde allí divisó, en dirección Sudeste, un país alto y montañoso, y al anochecer del día 6 de diciembre llegaron á un puerto de esa isla maravillosa á la cual dió el nombre de *Española* por su gran semejanza con España. Por todas partes crecía la admiración del Almirante ante las sorprendentes imágenes que se ofrecían á su vista, pues precisamente esta parte Occidental de la costa Norte de Española ofrece á cada paso paisajes de admirable belleza y magnificencia tropical. Como una enorme muralla se levantan directamente del mar gigantescas cordilleras. Si su pie está bañado por las azuladas olas, la cima está nimbada por nubes de cambiantes figuras, que proveen á los bosques y flancos que las adornan del bienhechor rocío que los vivifica. Sólo en algunos sitios se ven aberturas en estos paredones, que son bahías suficientemente grandes para dar cabida á escuadras enteras, y acerca de las cuales hace acertadamente Colón la observación siguiente en su diario: «Desde hace veintitrés años recorro los mares casi sin interrupción. He estado en Levante, en el Norte, en el Mediodía, en Inglaterra y en Guinea, pero en ninguna parte he visto semejantes puertos.»

Por todas partes estaba cultivada esta maravillosa isla. De las altas montañas bajaban hermosos ríos que fertilizaban los frondosos valles, y no obstante lo avanzado de la estación, todos los árboles estaban verdes y cargados de frutos, y las hierbas altas y floridas; así que las más hermosas comarcas de Castilla no podían compararse con éstas.

Los indígenas, muy tímidos al principio, eran más hermosos y de color más claro que los que habían hallado hasta entonces, y vieron muchas muchachas, casi tan blancas como las españolas.

Saliendo del puerto de San Nicolás, que era el primero que habían tocado, navegaron á lo largo de la costa Norte de la isla, y reconocieron también la de las Tortugas, volviendo después á Española, en la cual el 16 de diciembre encontré Colón con el cacique que gobernaba aquella parte de la isla. Era éste un joven que tendría á lo sumo veintiún años

de edad, y á pesar de que iba desnudo, como todo su acompañamiento, se le reconocía en seguida por las grandes deferencias que todos le guardaban.

Este cacique hizo á Colón una visita á bordo de su barco, y es interesante la descripción que de ella hace el genovés, y que dice así: «En el momento que el cacique pisaba el barco estaba yo comiendo en la popa. Vino apresuradamente hacia mí, sentóse á mi lado, y no permitió que me molestase lo más mínimo antes que hubiese terminado de comer. Pensando que le gustaría probar nuestros manjares, mandé le sirvieran, pero sólo gustó de la carne y los otros manjares lo estrictamente indispensable para no faltar á la etiqueta, enviando el resto á su servidumbre, que lo devoró con gran contento. Lo mismo hizo con las bebidas; apenas humedecía sus labios con ellas cuando ya se las enviaba á su séquito. Todo lo hacía con exquisita dignidad. Hablaba muy poco, pero en lo que decía demostraba acertado juicio y meditación. A sus pies se habían sentado dos hombres de edad, de los cuales uno parecía ser su consejero y el otro una especie de preceptor. Ambos escuchaban atentamente cada palabra que decía, y cuando le hablaban lo hacían con gran respeto.

»Terminada la comida, uno de los hombres de su servidumbre entregó al cacique un magnífico cinturón, el cual me regaló éste acompañado de dos pedacitos de latón. Como observé que le había gustado mi juego de cama, se lo regalé, así como también algunas bolitas de ámbar, una botellita de agua de azahar y un par de zapatos de color, viendo claramente lo mucho que le habían halagado estos presentes. Repetidas veces demostró su sentimiento por no podernos entender bien el uno al otro. Al anochecer ordené llevarle á su barco tributándole grandes honores, y mandé disparar algunos tiros de arcabuz. Una vez en tierra, acomodóse en una litera; á su hijito, por el contrario, lo llevaba á cuestas un indio de los más principales, y detrás de ellos seguía el acompañamiento, que se componía lo menos de 200 personas.»

Prosiguiendo su viaje á lo largo de la costa, trabó Colón por segunda vez amistad con un poderoso cacique llamado Guacanagari, cuya predilección por el Almirante había de ser más tarde preciosa para éste. Una luci-



Máscara de madera de los primitivos habitantes de la Española. (Dibujada por R. Cronau, del original que se conserva en la ciudad de Haití.)